

1

BENNETT

Algunos dirían que soy un paranoico, pero yo prefiero términos como «cuidadoso», «reservado» o «discreto»...

—¿Te han dicho alguna vez que eres un puto paranoico?
—pregunta Leo al entrar en el salón de mi *suite*.

Al parecer «algunos» incluye a uno de mis mejores amigos.

—Sírrete una copa. —Hago un gesto con la cabeza hacia la barra y cierro el portátil.

Son casi las ocho; Leo siempre llega pronto, Byron siempre llega tarde —aunque esta noche no va a venir— y los demás son bastante puntuales.

—¿Has despedido a todo el personal? ¿Estás tan paranoico que ahora vives solo en el hotel? —Saca una cerveza de la nevera.

—¿Por qué? ¿Eres demasiado importante para servirte tú solo la cerveza? —replico.

Se encoge de hombros y abre la botella.

—¿Quieres contarme por qué te has mudado a tu propio hotel? ¿Y por qué no podemos ir a un bar?

—Estoy pasando por un momento difícil...

Tal vez Leo piense que tomar una copa en un bar o incluso en un club privado sería más agradable, pero no puedo correr ese riesgo. Tengo demasiado que perder.

—¿Has considerado llevar una máscara en público?

Entrecierro los ojos, tratando de averiguar si habla en serio.

—¿Como Batman?

Hace una pausa, tira el abrebotellas sobre la encimera y se vuelve hacia mí.

—Creo que lo de las orejitas sería ir un poco demasiado lejos, y, además, la gente esperaría que lucharas contra el crimen y esas cosas. Pero podrías llevar una mascarilla como las del COVID y fingir que eres una persona de riesgo o algo así.

La puerta se abre de nuevo y aparecen Jack y Fisher, seguidos de cerca por Worth. Miro el reloj: son las ocho en punto.

Fisher y yo nos damos un abrazo. Fisher es un tío sonriente y le encantan los abrazos, lo que significa que todos nos abrazamos más de lo que lo habríamos hecho si él no estuviera en el grupo. Pero a pesar de su afabilidad superficial, tiene una mente ágil y va a por todas. La frase «lobo con piel de cordero» lo define a la perfección. A lo mejor es porque es británico, pero siempre me sorprende escuchar rumores sobre lo implacable que es. Por mucho que lo quiera, no me gustaría sentarme frente a él en una sala de juntas.

—¿Estás bien, colega? —pregunta, escudriñándome.

Los últimos días han sido complicados, y Fisher fue el primero al que llamé.

—¿Os parece bien que viva en el hotel? —interviene Jack—. ¿No le da eso una ventaja injusta o algo?

Me meso el cabello; a veces me siento como el padre del grupo y otras, como el blanco de las pullas de todos. Va a ser una noche muy larga...

—No necesito ventaja alguna. Durante los tres últimos años, mi hotel ha superado a los vuestros. Y en esos tres años no he vivido aquí.

Cada uno de nosotros es propietario de un hotel, comprado con una parte muy pequeña de los ingresos de la venta de una empresa conjunta que creamos en la universidad. Es una forma de mantenernos unidos y de fomentar la sana competencia que todos disfrutamos; una lucha amistosa pero brutal que también nos hace ganar dinero.

Fisher mira la botella de whisky y la cubitera que hay en la mesa frente a mí y coge un vaso bajo de la barra. Nunca puedes saber de antemano lo que va a beber; es como una metáfora de su personalidad.

—A lo mejor me mudo a mi hotel... —comenta Leo. Su acento británico siempre se vuelve más pronunciado cuando está nervioso.

Somos dos británicos y cuatro estadounidenses. En lo que a mí respecta, los británicos están sobrerrepresentados. ¿Por qué no los hemos echado aún?

—Te desahuciarían —se burla Fisher—. Los huéspedes no dejarían de quejarse por los ruidos que haces durante el sexo.

—¿Qué puedo decir? —sonríe Leo—. Siempre consigo que las mujeres terminen gritando mi nombre. —Leo disfruta de su reputación de *gigoló*; es lo opuesto a mí en muchos aspectos: un habitual de las columnas de cotilleos, descuidado, indiscreto... y la más pura representación de la flema británica.

—Sí, cuando ven lo pequeña que la tienes —bromea Worth, dando un golpecito en el sofá con su botella de cerveza. Es un hombre de pocas palabras, pero todas y cada una de ellas dan en el blanco.

Cojo el mando de la tele y pongo la *ESPN*, aunque sé que no vamos a prestarle atención. Empezamos a quedar los lunes por la noche porque Jack sugirió que podíamos ver juntos el partido, pero eso solo era la excusa para tomar algo con nuestra gente de confianza. Nadie te dice que, cuanto más rico te haces, más solo te sientes, aunque yo siempre lo he sabido porque lo viví con mi madre, que siempre estaba rodeada de gente que esperaba algo de ella: parte de su fama, un pellizco de su riqueza, un par de sus contactos... Y eso hasta me implicaba a mí: los niños del colegio querían ser mis amigos con la esperanza de cruzar unas palabras con una estrella de cine.

Eso no quiere decir que no estuviera orgulloso de mi madre, porque sí lo estaba. Era una actriz fenomenal y más astuta que la mayoría: elegía con mucho cuidado sus proyectos y administraba con acierto el dinero que ganaba con ellos. Pero yo no entendía por qué la fama le gustaba tanto; no acababa de comprender por qué se deleitaba con la atención de la gente, con que todo el mundo estuviera pendiente de lo que decía. A lo mejor porque no tardé en darme cuenta de que lo que les interesaba no era ella, sino la rutilante versión que mostraba ante el mundo. Pero a ella le daba igual: disfrutaba de la atención como si la necesitara para respirar.

Las amistades verdaderas, profundas y auténticas son difíciles de encontrar, y los seis que estamos hoy aquí lo sabemos y entendemos que estos encuentros periódicos alimentan el vínculo que ninguno de nosotros quiere perder. Somos muy conscientes de lo raro que es lo que tenemos.

—¿Cuánto tiempo vas a quedarte aquí? —pregunta Fisher.

—No lo sé —respondo—. Hasta que averigüe si los robos en mi edificio están relacionados conmigo.

—Pero no han intentado entrar en tu apartamento, ¿no? —cuestiona Leo. A veces me pregunto cómo ha conseguido hacer tanto dinero, porque siempre se lo toma todo al pie de la letra, y el dinero se gana siendo creativo.

—No. Solo en los dos apartamentos del piso inferior —respondo.

—Pero eso es bueno, ¿no? —insiste.

—Depende de cuál sea el objetivo —aclara Worth.

Exacto.

—¿Por qué no te mudas a otro apartamento y ya? —continúa Leo.

Suspiro y me permito relajarme un poco. Ahora que están aquí, puedo dejar caer la máscara y ser yo mismo.

—A lo mejor al final no me queda más remedio, pero antes quiero solucionar este asunto y descubrir si los robos están relacionados conmigo. Y si es así, quién va detrás de mí y qué quiere.

—Yo puedo responder a eso —dice Fisher—. Todas las empresas tecnológicas de Estados Unidos te siguen la pista y quieren lo que tú tienes y ellos no: el toque de Midas.

Suelto un gemido ante la mención del rey griego. La prensa tecnológica me apodó así cuando mi empresa, Fort Inc., vendió la tecnología para cartografiar el mundo entero a una conocida empresa tecnológica de Mountainview, California. La prensa generalista lo adoptó cuando Fort se convirtió en la quinta mayor empresa privada de Estados Unidos. Lo detesto porque he intentado por todos los medios que Fort no gire en torno a mí; es lo último que deseo, en parte porque le resta importancia al papel que desempeña mi personal, que tiene un talento inmenso, y en parte porque no me

interesan ni la fama ni la publicidad que acompañan a un apodo como ese.

—Seamos sensatos —comenta Leo—. ¿Vives en Nueva York y crees que el que hayan entrado dos veces en tu edificio tiene que ver contigo? No sé, a lo mejor deberíamos dejar lo de la paranoia y llamarlo narcisismo...

Suspiro, resignándome a darle un montón de explicaciones para convencerlo. Estoy convencido de que Leo aborda los negocios ladrando como un chihuahua adicto a la cafeína hasta que la gente se rinde y le da lo que quiere.

—Antes de estos dos robos solo habían entrado una vez en el edificio en los cinco últimos años. Su sistema de seguridad es insuperable. Además, ese fue un robo de oportunidad: los residentes vivían en el primer piso y se dejaron una puñetera ventana abierta. Hace dos semanas entraron en los dos apartamentos que hay debajo del mío. No hay conexión entre los propietarios y no robaron nada de valor. Pero si alguien quisiera rastrear mis movimientos, colocar dispositivos de escucha, cámaras o Dios sabe qué más, cualquiera de esos apartamentos sería un buen lugar.

—¿Y van tras Ben Fort? —pregunta Worth. Ben Fort, el director general de Fort Inc., es el seudónimo que inventé tras la muerte de mi madre.

Me encojo de hombros.

—A nadie le interesa Bennett Fordham.

—A menos que alguien haya descubierto la relación entre los dos —apunta Worth.

Le doy un sorbo al whisky, dándole vueltas a esa cuestión que yo mismo me he planteado una y otra vez.

—No lo creo. Si lo hubieran hecho, creo que ya habría saltado la liebre en la prensa. Pero a lo mejor han establecido una conexión entre mi apartamento y Ben Fort. Ese

es el primer paso. Y pueden haber conseguido una foto mía.

—Pero siempre llevas sombrero cuando entras o sales —refuta Fisher.

—Sí, pero para que las cámaras de la calle no me graben. Alguien con un teleobjetivo podría haberme sacado una foto.

—Entonces, ¿crees que han seguido hasta casa a todos los que entran y salen de su edificio de oficinas y han pensado «Ese es Ben Fort»? —replica Fisher—. A ver, podría ser si trabajaras en algún edificio del centro en el que apenas hay gente, pero tus oficinas están en el Time Warner o el Deutsche Bank Center o como coño lo llamen ahora, y miles de personas entran y salen de ahí todos los días.

—Vale —acepto—, a lo mejor no ha sido así y a lo mejor lo han descubierto de otro modo, pero mi instinto me dice que quien irrumpió en el edificio esta semana sabe que Ben Fort vive allí. Porque Ben Fort justifica dos robos en cuestión de semanas y la mayoría de la gente no. Llegados a ese punto, no importa si saben que soy él.

Worth inspira hondo; eso suele significar que no está de acuerdo con lo que se está diciendo.

Lo entiendo: parezco paranoico y no tengo pruebas concluyentes, solo presentimientos.

Todos tenemos cierta fama asociada a nuestra riqueza. Lo de Leo es lo más llamativo, pero Fisher también cultiva la difusión en medios porque debe hacerlo; es parte de lo que conlleva estar en el negocio de la música. Lo entiendo, y no los juzgo por querer las ventajas que trae consigo un perfil alto, pero no es para mí.

No tengo ningún interés en ser tan conocido como Elon Musk o Mark Zuckerberg, y no se me ocurre nada peor,

aunque a mi madre le habría encantado. Si alguien descubre quién es Ben Fort, el «toque de Midas», el propietario de Fort Inc. y, sobre todo, si se entera de que es Bennett Fordham, el hijo de la estrella de cine Kathleen Fordham, volveré a los días en que los *paparazzi* saltaban de entre los arbustos para conseguir una foto; volveré a que la gente quiera acercarse a mí esperando contagiarse de mi fama y mi dinero.

No estoy dispuesto a permitir que eso ocurra. Lo único bueno de que mi madre muriera cuando yo tenía diecinueve años fue que la prensa y los *paparazzi* perdieron el interés en mí, y no quiero que vuelvan a rondarme.

—¿Tienes algo pensado aparte de esconderte hasta que se olviden de ello? —pregunta Jack—. Porque, si ese es tu plan, es una mierda.

—He contratado vigilancia para el apartamento. —Eso apenas alcanza a describir al enorme equipo que está rastreando la zona, física y electrónicamente, para encontrar pruebas de que están controlando mi edificio. Mi equipo de seguridad es lo mejor de lo mejor. La verdad es que no pienso volver a ese apartamento, pero tampoco tiene mucho sentido buscar otro si van a volver a encontrarme.

—Vamos a ponernos en el peor de los casos: han descubierto la conexión entre Ben Fort y tú —propone Jack—. Te aseguro que pronto van a perder el interés. Detesto decírtelo, Bennett, pero no eres tan interesante y se aburrirán enseguida.

Choco mi botella con la de Jack.

—Brindo por eso.

—Hijo de una leyenda de Hollywood, el multimillonario hecho a sí mismo más joven de la historia, según *Forbes* —continúa Jack—. Leal, apuesto y el mejor amigo que alguien po-

dría desear. Ah, no me gustaría echarte un pulso. Dejando eso al margen, eres tan aburrido como la suela de mi zapato, en serio. Consuélate pensando que, si te descubren, perderán rápidamente el interés.

—Eres un gilipollas —dice Worth, dando una vez más en la diana.

—A lo mejor —contesta Jack—. Pero tengo razón.

Si no conociera a Jack, sí pensaría que está comportándose como un gilipollas, pero su intención es la de hacerme sentir mejor. Los cinco saben lo de mi madre desde la universidad, pero Jack es el único que opina que no debería esconderme.

—Mira —interviene Leo—. A mí no me molesta ser el centro de atención. —Worth se ríe y yo enarco las cejas: a Leo le encanta llamar la atención—. A Fisher tampoco, en menor medida —sigue, ignorando las burlas—. Para nosotros, eso va con el trabajo, pero tú no tienes por qué hacer lo mismo. Tienes que vivir tu vida.

No lo entiende: ya estoy viviendo mi vida, que, por ahora, no implica socializar en lugares públicos. Por ahora.

—Al menos tómate una copa de vez en cuando en el bar del hotel.

—¡No! —exclama Leo—. Eso le dará más ventaja.

Soy el único de los seis que le oculta su identidad al director y al personal del hotel. La persona que dirige el Avenue sabe que el propietario es Ben Fort, pero, como nadie lo ha visto nunca, no se ha dado cuenta de que está registrado en la Suite Park porque la he reservado con mi nombre real, Bennett Fordham, y no he cogido la Suite Presidencial porque llamaría demasiado la atención.

Es verdad que estar alojado aquí me da cierta ventaja en nuestro juego porque es lógico que el personal de otros ho-

teles se esmere más cuando sabe que está tratando con el propietario, y a mí me interesa saber cómo funciona el hotel con todas sus virtudes y sus defectos.

—Sí, quizá deberíamos quedar en el bar la semana que viene —apruebo, y disfruto de la mirada asesina que Leo le dedica a Jack. La nuestra es una competición amistosa, pero todos queremos ganar y nadie quiere que otro saque ventaja, aunque solo sea la de una cuenta enorme en el bar del hotel.

—Yo no lo haría —replica Leo—. Hasta ahora has conseguido mantener tu identidad en secreto, ¿para qué arriesgarse? —dice, sonriente. Todos sabemos que está tratando de evitar que gastemos dinero en el Avenue, pero, sinceramente, no veo qué diferencia hay entre eso y lo que están haciendo ahora mismo: consumir las bebidas del minibar.

—Los seis juntos llamaríamos mucho la atención —apunta Worth, y, como siempre, tiene razón.

—Mientras esa atención sea la de una mujer con piernas infinitas, me parece bien —aprueba Leo.

—No te preocupes —se burla Worth—. Puedes quedarte con las sobras después de que Bennett y yo elijamos.

—Te concedo lo de Bennett —replica Leo—. Es guapo de cojones y tiene ese rollo de héroe melancólico. Pero ¿qué mujer te va a elegir a ti antes que a mí?

Suelto un gemido y subo el volumen del televisor. Ya competimos en los negocios: no hace falta que también compitamos en cuestión de mujeres. Necesito ahorrar fuerzas.

Leo me da un puñetazo amistoso en el brazo y se levanta a por otra copa.

—Si puedo hacer algo por ti, solo tienes que decirlo.

En la última década, Fort Inc. ha desarrollado con éxito algunas de las tecnologías más importantes del mundo, y

he conseguido dirigir la empresa sin que nadie sepa que soy el hijo de una estrella de cine. Tengo que averiguar quién está detrás de los robos y silenciarlo, y así podremos volver a las noches de los lunes en un exclusivo club privado, y mis amigos podrán dejar de quejarse de lo estupendo que es mi hotel.

2

EFA

New York, New York. Una ciudad tan grande que hay que decir su nombre dos veces, aunque yo lo veo del todo innecesario. A ver, lo pillo, es Nueva York. No hace falta repetirlo.

En fin, aquí estoy, en Nueva York. Me siento como en un cómic o en el plató de una película. La he visto tantas veces en la tele y en el cine que había llegado a convencerme de que mi versión no podía ser real, pero los taxis son igual de amarillos y el vapor sale de las tapas de las alcantarillas. Todo es más grande que en Londres y más ruidoso. Los rascacielos son tan altos que tapan el sol y todo el mundo grita, incluido el tipo que me ha servido el café esta mañana. O tenía problemas de control de la ira o estaba demasiado frustrado por tener que trabajar el fin de semana.

Me apoyo en el muro de piedra y miro el edificio que tengo delante, al otro lado de Columbus Circle. Alberga la sede —y única oficina— de Fort Inc., la empresa tecnológica de mayor éxito en el mundo empresarial. No cotiza en bolsa, y al propietario, Ben Fort, no le interesa la publicidad; de hecho, escapa de ella: ni siquiera hay fotos suyas en internet. No alcanzo a imaginar lo poderoso que tienes que ser para esconder tu rastro en las redes. No tiene página en LinkedIn, y algo de lo más extraño tratándose de una tecnológica, Fort Inc. no tiene sitio web. Nadie sabe cómo conseguir un trabajo ahí ni a quién contratan.

Pero me gustan los retos.

Fort Inc. me fascina. En los últimos años han fabricado algunos de los productos más revolucionarios que ha visto la industria. La inteligencia artificial ni siquiera existiría de no ser por Fort. Por eso quiero trabajar para ellos. Con mi nueva y reluciente licenciatura en Informática, todavía estoy pensando qué quiero hacer en el ámbito de la tecnología; sé que quiero dejar huella, pero aún no sé muy bien cómo. Para averiguarlo quiero trabajar con lo mejor de lo mejor, y eso es Fort Inc.

Paso los veinte minutos siguientes intentando cruzar Columbus Circle y llegar por fin a la entrada del Deutsche Bank Center. No he hecho planes: solo me apetecía ver un poco de Nueva York antes de empezar a trabajar mañana por la mañana, pero lo que sí tenía claro era que no podía dejar de venir aquí. Podría presentarme en la recepción de Fort Inc. y decir que quiero un trabajo; ¿qué tengo que perder? El problema es que no sé en qué planta están, y, a lo mejor, ni siquiera tienen recepción.

Me abro paso entre la multitud de turistas y llego ante el vestíbulo. A lo mejor tengo suerte y encuentro Fort Inc. en el directorio del edificio, o me topo con el jefe de Recursos Humanos por casualidad...

Los rumores dicen que Fort selecciona a dedo a gente de las mejores universidades y entre quienes están dejando huella en la industria. Fui a la universidad al otro lado del charco y acabo de cumplir veintiún años, así que no hay muchas posibilidades de que se fijen en mí, ni ellos ni nadie. Pero la experiencia me ha enseñado que la tenacidad da sus frutos. Estoy decidida a encontrar un trabajo en Fort Inc. antes de que acabe el verano.

Mientras tanto, me dedicaré a disfrutar del verano en Nueva York —aunque he oído que es bastante húmedo— mien-

tras trabajo en uno de los mejores hoteles de la ciudad: el Avenue.

Entro en el vestíbulo y echo un vistazo a las paredes en busca de un directorio, pero todo es mármol retroiluminado: parece más un *spa* que una recepción.

—¿Puedo ayudarla en algo? —pregunta una mujer menuda desde detrás de uno de los dos enormes mostradores que hay a ambos lados del vestíbulo.

Me acerco a ella con una zancada.

—Me preguntaba en qué piso está Fort Inc.

Pone cara de póquer y se vuelve hacia la pantalla del ordenador.

—Lo siento, no nos consta ninguna empresa con ese nombre.

Me tomo unos segundos antes de responder, sin tener muy claro si me está tomando por tonta a propósito. ¿Es que nunca ha oído hablar de Fort Inc.? ¿Han alquilado las oficinas sin dar el nombre? ¿O es que está acostumbrada a que le pregunten y se ha inventado esa excusa para librarse de la gente? En cualquier caso, no tiene ningún sentido insistir.

—Gracias —sonrío.

Me doy la vuelta y salgo por la puerta. No iba a ser tan fácil, claro...

Se ha hecho tarde, pero lo único que me queda por hacer es echar un vistazo al hotel donde voy a trabajar los próximos meses. Por suerte, uno de los cuñados de mi hermana tiene un apartamento en Nueva York, y es ahí donde voy a alojarme. Está a una manzana del hotel, en la Quinta Avenida, con vistas al parque. Qué suerte la mía.

Atravieso Central Park para llegar al hotel. He debido de tardar unos veinte minutos, pero el tiempo se me ha pasado

volando con tantas cosas nuevas por ver, y tras lo que apenas me han parecido unos segundos, el portero me abre la puerta que conduce al elegante vestíbulo del Avenue.

En las instrucciones que me han dado decía que la entrada del personal está al este de la Calle 60, y tomo nota mentalmente de volver a mi apartamento por ahí para comprobarlo.

El vestíbulo es enorme, mucho más de lo que esperaba desde fuera, y está cubierto de madera oscura y una gruesa moqueta roja. Hay una mesa circular de caoba, adornada con unas flores exóticas de color púrpura, y las tres receptionistas vestidas con un traje negro están de pie detrás de los oscuros escritorios empotrados de la derecha.

No quiero preguntar a nadie del personal dónde está el bar por si me reconocen al día siguiente porque podrían pensar que los espío. En lugar de eso, sigo a dos mujeres de mediana edad que llevan unos bolsos muy caros. Por suerte, van a tomar un cóctel.

El bar continúa la temática oscura, acentuada con oro y bronce. Hay un montón de rincones clandestinos donde disfrutar de un escarceo amoroso y una barra semicircular que parece flotar en medio de la sala. Es desabrido y sexy, y me encanta. Mañana probablemente me encargará de limpiarlo, pero por ahora soy una cliente.

Me siento en uno de los taburetes y un camarero me tiende al momento una carta de cócteles. Antes de que pueda preguntarme cómo demonios voy a leerla en un lugar tan poco iluminado, saca una linterna y la ilumina para que pueda elegir lo que quiero beber. ¿Soy yo o es un poco incómodo que se quede ahí de pie mientras yo decido?

—¿Puedo coger yo misma la linterna? —pregunto.

Se oye un estruendo que hace vibrar el bar, y me pregunto si estamos situados sobre un metro. Si no supiera que es-

tamos en Nueva York y no en California, pensaría que se trata de un terremoto.

Un hombre alto con traje azul marino se desliza hasta el taburete que tengo a mi derecha y el estruendo se detiene.

¿Era él? ¿Era él quien hacía el sonido?

—Por supuesto —dice el camarero, arrancándome de mis pensamientos cuando me pasa la linterna.

Los cócteles parecen deliciosos, y no sabría por cuál decidirme.

—¿Qué me recomienda? —le pregunto al camarero, que está poniéndole una copa al hombre que me ha parecido que ha hecho temblar el bar.

¿Cómo lo han atendido tan rápido? Debe de ser un cliente habitual. Nunca he trabajado de camarera, y rezo por que Gretel no espere que sepa algo de ese oficio. Gretel es la gerente del hotel y la amiga del hermano de mi futuro cuñado. ¿Eso lo convierte en mi cuñado? ¿Voy a tener seis cuñados o solo es mi cuñado el hombre que va a casarse con mi hermana? Tomo una rápida nota mental para buscarlo en Google cuando vuelva a mi apartamento. Si me pongo a mirar el móvil ahora mismo, iluminaría el lugar como un árbol de Navidad, y estoy intentando pasar desapercibida.

—¿Prefiere los cócteles con vodka o con ginebra? —pregunta.

—Me gusta el vodka. Y me gusta la ginebra. —Ha sonado como el comienzo de una canción infantil subversiva que pienso enseñarle a mi sobrina Ginebra en cuanto sepa hablar.

—Le sugiero un *Vagabond Shoes* —dice.

Compruebo los ingredientes y no encuentro nada que no me guste. Aunque, a menos que sirvan un cóctel con brócoli, es poco probable que encuentre algo que me desanime.

—Suena bien.

El camarero espera un momento a que le devuelva la linterna antes de ponerse a sacar botellas de las estanterías retroiluminadas y verter su contenido en una coctelera.

Por el rabillo del ojo veo que el hombre de mi derecha se echa hacia atrás en su asiento. Me giro un poco hacia él y el corazón me da un vuelco en el pecho cuando nuestras miradas se encuentran y las vibraciones que he sentido hace un momento vuelven a empezar. Esta vez tengo muy claro que no es un metro ni un terremoto: es él quien hace ese sonido. Es como si gruñera; como si me gruñera a mí. Y ese sonido reverbera entre mis piernas.

Aunque está sentado, se nota que es alto y grande, aunque no demasiado musculoso, como un jugador de rugby. Es guapísimo, y tiene pinta de americano, si es que tal cosa existe. Es curioso: incluso aunque no estuviera en un hotel de cinco estrellas y no llevara un traje a medida y un reloj caro, sabría que es rico por su corte de pelo. Lleva el cabello negro peinado hacia atrás como si acabara de moldeárselo con un secador. Me encantaría que mi pelo tuviera ese volumen.

—¿Cómo te llamas? —me pregunta, y me doy cuenta de que he estado mirándolo fijamente.

—Eddie —respondo, y él menea la cabeza.

—¿Cuál es tu nombre completo?

—Todo el mundo me llama Eddie. —Desvía la mirada y se acoda en la barra para dar por terminada la charla—. ¿Y tú cómo te llamas?

Quizá no quiera seguir hablando conmigo, pero yo sí quiero seguir hablando con él.

Vuelve a sacudir la cabeza.

—Yo he preguntado primero. —Me río, pero él sigue igual de serio.

El camarero me pone la bebida delante y le doy un sorbo. Ni siquiera noto el sabor: solo puedo concentrarme en el hombre que está sentado junto a mí.

Nunca le digo a nadie mi verdadero nombre porque jamás me ha gustado, e incluso he llegado a pensar en cambiármelo. Podría, pero ¿por qué debería? Si le digo que me llamo Eddie, es que me llamo Eddie.

Doy otro sorbo a mi bebida y no puedo evitar fijarme en su perfil. Tiene la mandíbula oscurecida por una barba de un par de días y le queda bien, pero hay algo en las arrugas a los lados de los ojos y en el borde de los labios que me dice que ha tenido un mal día. Tal vez un mal año.

—¿No te gusta mi nombre? —pregunto.

Se gira para que nuestras miradas se vuelvan a cruzar y se acerca para hablarme directamente al oído.

—Te gusta lo que ves y a mí gusta lo que veo, pero no vamos a follar hasta que me digas tu nombre de verdad.

Siento un cosquilleo entre los muslos y suelto un suspiro tembloroso. ¿En serio ha dicho eso? Sé que los neoyorquinos tienen fama de directos, pero un comentario así suena un poco exagerado... y muy sexy.

¿Y cómo sabe que estoy interesada? Bueno, no debe de ser tan difícil de suponer, porque no he dejado de mirarlo.

Se vuelve de nuevo hacia la barra, dejándome dos opciones: ignorarlo y disfrutar sola del cóctel o darle mi nombre —o uno inventado— y echar un polvo.

—Efa —digo, sin pensar. Hacía mucho tiempo que no lo decía en voz alta. ¿Me disgusta porque lo eligieron mis padres y estoy resentida con ellos o porque suena muy femenino y muy débil? Sea como sea, es mi verdadero nombre.

Gruñe de nuevo.

—Yo soy Bennett.

—Me alegro de saberlo.

No hay nada como la seguridad en sí mismos de los americanos. Cuando tenía diecisiete años, salí tres semanas y media con un chico americano, y me di cuenta de que esa confianza les venía de serie. En Brad era irritante, pero en Bennett... No puedo dejar de preguntarme cómo sería una caricia de su mano sobre mi vientre o de su lengua en mi cuello. O si podría hacer que me corriera solo con la vibración de sus gruñidos.

—Soy lesbiana —digo, y me concentro en mi copa.

—De eso nada. Te resulto atractivo, y tú a mí. No perdamos el tiempo fingiendo lo contrario.

Me vuelvo hacia él con los ojos entrecerrados.

—Vale —acepto—. Me pareces atractivo y... —me echo poco hacia atrás para contemplarlo— me gusta lo que veo. —Hago una pausa y agradezco que no responda—. De la cabeza a los pies. —Estoy acostumbrada a los veinteañeros, y este hombre no lo es—. Pero aún no he decidido si quiero acostarme contigo.

Esboza una sonrisa que casi roza la arrogancia, la condescendencia o algo así.

—Perfecto. Pues avísame cuando lo decidas. —Da un sorbo a su bebida y yo lo imito. No sé si este cóctel es lo más fuerte que he probado nunca o es el cuerpo de ese tío lo que me está haciendo sentir débil, con esos hombros tan anchos que parezco diminuta a su lado y esas manos grandes que sostienen la copa si fuera tuviera el tamaño de una taza de té de juguete. La mandíbula podría ser demasiado recta si no fuera por los labios carnosos y suaves, y sin duda el tiempo que debe de pasar en el gimnasio ha hecho que su culo sea estupendo.

—Tienes que cortejarme —anuncio.

—No estoy intentando salir contigo —replica—. Solo es sexo.

La palabra «sexo» hace que se me endurezcan los pezones, como si fuera algo tabú.

—Pero el sexo es en un noventa por cien un juego mental —respondo, dándome un golpecito con el dedo en la sien.

—Esa no es la clase de sexo que me gusta. —Enarca una ceja y yo aprieto los muslos, imaginándomelo más cerca, tanto que pueda sentir su aliento en mi cuello.

Tal vez sus palabras deberían ofenderme, porque habla del sexo como si para él solo fuera un deporte, pero no puedo evitar sentirme intrigada. ¿Qué clase de sexo le gusta? ¿Y me gustaría a mí?

Aun así, quiero hacer que se esfuerce aunque solo sea un poco.

—Entonces, ¿solo quieres un sitio donde meterla? —pregunto con una mueca, esperando que no sea así.

—No he dicho eso —susurra sin apartar la vista de mí. ¿Por qué una simple mirada de ese hombre es capaz de ponerme la carne de gallina?—. El sexo es algo físico —dice con calma, como si estuviera leyendo la obra de un filósofo antiguo.

Tengo que aligerar el ambiente.

—¿Te gustan los látigos y las cadenas y esas cosas? —pregunto.

Se toma unos segundos para responder.

—¿Y a ti?

Inspiro hondo y medito mi respuesta.

—Por ahora no, aunque no lo descartaría si el hombre me gustara mucho. Pero creo que, si fuera lo mío, ya lo sabría, ¿no? —Aguardo su respuesta, expectante: es un tío mayor, tiene que saber de estas cosas...

Se ríe entre dientes.

—No tengo ni idea. Pero siempre debemos estar abiertos al cambio y al crecimiento personal.

—Claro —acepto. No esperaba que me diera una respuesta tan profunda, como si de verdad creyera lo que está diciendo: que todos somos capaces de madurar, de crecer como personas—. Me gusta esa idea. Todo el mundo espera que los niños crezcan y cambien y, de repente, ya eres mayor. Evolucionar es propio de la naturaleza humana, ¿no? Me interesan un montón de cosas diferentes, ¿por qué debería ponerme límites?

—No tienes por qué hacerlo. Conmigo no, por lo menos —responde, y le sonrío de un modo que dice «Me gustas. Eres interesante» porque esa respuesta ha removido algo en mi interior—. Deberías tener cuidado con eso —comenta, y le da otro sorbo a su copa.

—¿Con qué?

—Con esa sonrisa. Utilízala con prudencia.

Desvió la mirada hacia la estantería repleta de botellas de alcohol tras la barra para que no pueda ver lo mucho que me ha gustado su cumplido.

—¿Que la utilice sabiamente? ¿Crees que es mi superpoder?

Su mirada es como un soplete y yo soy hielo. Me ablando y me derrito, y ya no quiero resistirme más.

—Creo que tienes muchos superpoderes —responde, con un tono grave y los ojos encendidos.

—Quizá pase por una fase de azotes o látigos o lo que sea —comento con prudencia. Estoy tan ocupada pensando en él que me cuesta concentrarme—. Pero ahora mismo no. —Me paro un instante, preguntándome si eso era lo que esperaba—. ¿Te supone un problema?

—Para nada. Tampoco es mi rollo —responde.

Gracias a Dios.

—¿Algo más que deba saber? —pregunto.

Vuelve a sonreírme.

—Empiezo a sospechar que ni siquiera debería intentar adivinar lo que crees que tienes que saber.

—Buena suposición. —Me planteo por un segundo si hay algo más de lo que debemos hablar antes de aceptar su oferta, porque en realidad me muero por ver a este tío desnudo y por tener esas manos enormes recorriendo mi cuerpo. Quiero saber lo que un hombre con experiencia, un hombre que se muestra y habla como tal, podría hacerme—. ¿Tienes condones? ¿Y dónde vives? Porque mi casa está a una manzana de aquí...

No contesta. Se vuelve hacia la barra y le hace un gesto al camarero. Firma dos notas y se levanta.

—Yo vivo en el centro. Vamos a tu casa.

3

BENNETT

Lo primero en lo que me he fijado ha sido en su cintura y en la forma de su trasero al tomar asiento, pero cuando se ha pasado la lengua por los labios, pensativa, se me ha puesto dura al instante, y ahí ha sido cuando he decidido que quería acostarme con ella.

Y entonces se ha puesto a hablar, y, por algún extraño motivo, eso no me ha desanimado tanto como suele hacerlo.

—Bonito lugar —digo, echando un vistazo a su apartamento. Le he dicho que me alojaba en el centro, pero no he aclarado que vivía en el hotel, así que no le he mentido.

—Gracias. No es mío. Me lo han dejado mientras estoy en Nueva York. —Sé que dice la verdad. Por algún motivo, estoy convencido de que esta mujer es incapaz de mentir. No va con ella. Tiene acento británico, así que es lógico que no viva en Nueva York. Tanto mejor para mí: no me gusta encontrarme con las mujeres con las que me he acostado, a menos que quiera hacerlo—. He venido a disfrutar del verano y a trabajar en varias cosas distintas, ¿sabes? Como te he dicho, no me gusta ponerme límites.

Podría ser yo a los veinte años. Cuando era niño la familia y los amigos me preguntaban qué quería hacer cuando fuera mayor. Lo que resultaba bastante irónico, porque mi madre se había ganado la vida fingiendo hasta que murió a los cua-

renta y cuatro años. Yo solía dar una respuesta distinta cada vez: médico, explorador, superhéroe..., no porque hubiera cambiado de opinión, sino porque quería hacer todas esas cosas. Eso es lo bueno de la tecnología: lo abarca todo, desde la medicina hasta la cartografía, y pasando por cualquier cosa que se te ocurra.

Me mira con una sonrisa de oreja a oreja, como si fuera la heroína de una película que regresa a casa y encuentra a su amante esperándola en el aeropuerto con un gran cartel, y sé que no está fingiendo porque su sonrisa no muestra ni la más mínima afectación. Esa sinceridad despierta en mi interior algo que llevaba mucho tiempo dormido.

Me paso la mano por el pecho, intentando alejar esa sensación.

—¿Estás bien? —pregunta, como si pudiera leer mi cambio de actitud. No creo que haya nada que esta mujer pueda decir ahora mismo que me haga irme. Es preciosa, eso desde luego: su piel es suave como la de un melocotón y tiene una peca junto a la boca que me muero por lamer. Y qué decir de sus labios... Son carnosos, maduros, apetecibles... Es un sueño hecho realidad de la cabeza a los pies. Pero lo que de verdad me retiene es su franqueza.

Su espontaneidad es el anzuelo y yo soy el pez.

Harto de la charla, me quito la chaqueta y la tiro en el sofá.

—¿Quieres tomar algo? —pregunta, y enciende un interruptor.

Sacudo la cabeza, apago la luz y me acerco a ella. Retrocede y yo sigo andando hasta que se apoya en la columna que hay a un lado del gigantesco ventanal.

Tenso la mandíbula al escuchar su risa, y la mirada limpia de su rostro me da ganas de hacer cosas muy muy pervertidas.

Ha pasado más tiempo del que quiero reconocer desde la última vez que me acosté con alguien. Estar encerrado en el hotel no ayuda, más que nada porque no quiero que nadie se entere de mis asuntos o sepa con quién follo. No he tardado demasiado en darme cuenta de que al personal del hotel le encanta cotillear, y no quiero ser el blanco de los rumores, y menos con mi auténtico nombre.

Me agacho y la beso con suavidad. Sus dedos se deslizan por mi mandíbula y mi cuerpo toma el control de mi mente. El sexo es una forma de desconectar, la forma de relajación definitiva, y eso es justo lo que necesito: dejar de pensar durante una hora o dos.

Le levanto la pierna y la apoyo en una de mis caderas, y deslizo la mano hacia abajo hasta alcanzar la unión entre sus muslos. Lo único que se interpone entre ese cálido sexo y yo es la tela de sus vaqueros.

Apuesto a que ya está mojada.

Su respiración es jadeante y sus pechos empujan contra mi torso mientras intenta coger aire.

Agarro el dobladillo de su camiseta y se la quito de un tirón. No puedo saciarme de ella; tal vez sea el acento o el brillo de su piel; quizá sea la amabilidad con la que trató al gilipollas del camarero escuálido que le dio una puta linterna con gesto pretencioso para que pudiera leer la puta carta en ese bar apenas iluminado. Nunca es buena idea ponerles trabas a los clientes que van a gastarse un buen dinero en el local. ¿Acaso soy la única persona en Nueva York con cerebro para los negocios? A veces me da esa impresión.

Puede que Leo tenga razón y que el hecho de que me quede en el hotel me dé cierta ventaja... Pero ahora no voy a pensar en eso, porque tengo a esa mujer semidesnuda a

mi disposición durante lo que queda de noche, y es en eso en lo que quiero concentrarme.

Le desabrocho el sujetador y le acaricio los pechos, pasándole los pulgares por los pezones. Tiene unos pechos grandes pero firmes, y los pezones sobresalen como si estuvieran desesperados por que alguien les prestara un poco de atención.

Y es joven.

Joder. ¿Cómo de joven?

—¿A qué universidad fuiste? —Me aparto de ella y levanto las manos como si me estuviera apuntando con un arma.

La expresión de felicidad de su rostro deja paso a un ceño fruncido.

—¿Qué?

—¿En qué universidad has estudiado? —insisto. De ninguna manera me voy a meter en el lío de follar con una menor.

—En Exeter. —En Inglaterra—. ¿Por qué?

Joder, no sé nada de universidades inglesas. ¿Exeter? ¿Se lo está inventando?

—¿Te has graduado? —pregunto.

—¿Qué es esto? ¿Una entrevista de trabajo? O me pones las manos encima ya o te vas. No te he traído aquí para perderte un trabajo. A ti no, vamos.

Por una fracción de segundo, me planteo preguntarle para quién quiere trabajar, porque la mayoría de la gente habría pagado para que la contratara. Pero entonces lleva una mano a mi entrepierna y recupero la cordura. Le agarro la muñeca, la levanto y se la apoyo en la columna y le doy un beso en el cuello.

—¿Cuántos años tienes? —mascullo contra su piel. Huele a melocotón y a algo más oscuro. A algo más adulto.

—Veintiuno —jadea, y aparta las caderas de la columna para pegarlas a mí—. ¿Acaso importa?

Vacilo, preguntándome si debería pedirle el carnet, pero ella me aparta y se baja los vaqueros.

Y eso es mi puta perdición. Esa mujer tiene un cuerpo increíble, esbelto y con curvas. El resplandor de la ciudad ilumina cada curva y cada valle como si fuera un puñetero cuadro. Es lo más sexy que he visto nunca.

—Tienes un cuerpo precioso —digo.

Ella asiente.

—Estupendo. —Pone los brazos en jarras—. Pero ahora mismo lo estás desaprovechando, así que deberías ponerte en marcha de una vez.

Suelto una carcajada. Tiene razón: debería dejar de joder para follar con ella de una vez.

Me desabrocho los botones de la camisa y me quito la ropa hasta que los dos quedamos desnudos uno frente a otro, pero es injusto: ella puede ver que estoy empalmado, pero yo no sé lo mojada que está.

Doy dos pasos hacia ella y vuelvo a ponerme su pierna alrededor de mis caderas; esta vez no hay vaqueros de por medio y puedo hundir mis dedos en ella. Los dos suspiramos al mismo tiempo de placer, de anticipación, abrumados por la sensación.

Como si esto fuera justo lo que necesitaba —a ella—, mi cerebro se desbloquea y me suelto un poco. Le paso los dedos por los pliegues y ella se contonea, sin saber todavía lo mucho que va a mejorar la noche.

Baja la mano para buscar mi miembro, pero la cosa no va a ir así. Como casi todo, el sexo tiene varias capas, y la más superficial es descubrir cómo funciona, qué la hace suspirar o gritar; qué la hace gemir.